

FR. GERUNDIO.



El Via-crucis.



Tirabeque, búscame el *Via-crucis*.— ¡Ay, señor! Buenos papeles trae vd. ahora. Pregunte vd. por él al comisionado de amortizacion.— Pero hombre, ¿qué tiene que ver el comisionado de amortizacion con mi *Via-crucis*?— ¿Qué tiene que ver? Toma; como que él fué el que se hizo el amo de todos los *vias-cruces*. No; buenas libre-

rías se echaron los comisionados á cuenta de los conventos. Ya si se hubieran contentado con llevarse los *vias-cruces*,... pero el caso es que no dejaron un libro á vida; como ellos los vieran en pasta, zás, debajo del brazo, y aquello ya no iba en el catálogo. De seiscientos mil volúmbos que habria por mi cuenta en nuestro convento, vaya vd. á ver ahora, que puede que no haya seiscientos; y los que quedaron, ya puede que hayan dado cuenta de ellos los ratones; que por mas órdenes que ha dado el gobierno para que los recojan los jefes políticos, y hagan con ellos bibliotecas públicas, allí se están tirados por el suelo, si es que como digo, han dejado alguno los ratones y las garduñas. El *via-cruces* de vd. (que á mi parece-me que el que vd. tenia era el de la casa) ¿estaba en pasta, ó en pergamino?—Mira, Pelegrin, no sé como tengo paciencia para aguantar tus aberraciones y tus simplicidades: siempre me has de estraviar la cuestion, siempre has de echar por las de Pavía. Si te pregunto por el *via-cruces* que yo tenia sobre la mesa, ¿á qué vienes ahora con libros del convento, ni con pinturas?— ¡Pinturas! ¡pinturas! Otro tanto sucedió con las pinturas, señor. Cuando fueron los peritos á recogerlas de los conventos, lo que hicieron fue poner en el inventario «*tantos cuadros que habia en la sacristia; tantos que habia en el claustro; tantos que habia en el refectorio:*» y como no decian qué cuadros eran, algunos de los peritos pintores, si veian

uno que les acomodara, llevábanle á su casa, y despues en igual por ejemplo de una Magdalena que hablára, daban ellos una Santa Rita vieja que no tenia boca; y en el inventario venian á resultar los mismos cuadros. Eso dígamelo vd. á mí.

Lo que te digo yo á ti, lego murmurador y maligno, es que no hablas nada ni con verdad, ni con esactitud, ni con concierto: no haces mas que poner en mal lugar á todo el mundo, atribuyendo á quien te parece lo que ni siquiera se habrá acordado de hacer. Sobre todo, eso que has dicho es tan extemporáneo que no puede ser mas. Lo que te pido y digo es que me busques el *via-crucis* de la tropa.—Señor, vd. se quiere burlar de mí: ¡el *via-crucis* de la tropa!—Sí, hombre, sí; no seas pelma. Ese folletito de forro encarnado que se titula **VIA-CRUCIS COTIDIANO DE LA TROPA.**—¿Es este, señor?—Ese, hombre, ese.—¿Y la tropa gasta ahora los libros del *via-crucis*?—Mira, hombre: ese es un folleto en décimas compuesto por un oficial del ejército del Norte, el mismo que escribió un **CANTO LÚGEBRE** en octavas sobre la guerra (que tambien le tenemos abí; ambos han venido de venta á la librería de Razola): en el cual *via-crucis* se describe en versos jocosos la marcha cotidiana de la tropa.—Dígame vd., señor y perdone: cotidiana ¿qué quiere decir?—Cosa cotidiana significa cosa de todos los dias: ¿quién no sabe eso, hombre? Y por eso le llama su autor **VIA-CRUCIS COTIDIANO.**—

Pues señor, dígame vd. á ese libro que miente, que las tropas del Norte ni se mueven ni se acuerdan de ello.—Eso ya lo sé yo, Pelegrin; pero no es lo que importa por ahora á nuestro objeto. Síbetelo que le pido solamente para que le anuncies.—¿Yo, señor?—Tú, hijo mio, tú: por gratitud aunque no sea mas; porque has de saber que ya van tres ejemplares los que te ha dirigido el autor en tres distintos correos con espreso encargo de que los anuncies tú. ¿Qué digo con espreso encargo? rogándotelo nada menos que en versos: ahí tienes los versos, mira.

• Aunque la sangre toda se me hiela
al mirar, Tirabeque, tu cordon;
pidiendo que la anuncies, á tí apela
la que acompaña LÚGUBRE CANCIÓN.

A tí tambien, ó amante de Abichuela,
á tí tambien, ó lego socarron,
te pide el VIA-carcis su tutela;
anúnciale por Cristo, ó motilon!

Un oficial del ejército del Norte.

—Señor, yo no le anuncio.—Pero ¿por qué, hombre?—No por mí, no señor, sino por él; porque lo primero que dirá el público será que los oficiales del ejército del Norte no debían gastar el tiempo en hacer versos sino en matar facciosos.—Ya me oíste el otro día, Pelegrin, que el hombre de ingenio debía ser para todo; y aun-

que matar facciosos y hacer versos te parezca que no tienen la mayor analogía, no es nuevo en los fastos de nuestras guerras encontrar quien haya tenido de día su espada en la sangre del enemigo y haya entretenido la noche en blandos y suaves coloquios con las musas. Ahí tienes á nuestro célebre D. Alonso de Ercilla, que sobre el campo de batalla compuso su poema épico titulado *La Araucana*, escribiendo de noche los sucesos y acciones del día.—Así será, señor; pero yo quisiera que de día mataran facciosos, y de noche descansáran aquella regular para volver á matar facciosos. Y los versos, ¿qué tales son, señor?— Hombre, los versos..... tú eres el que debes censurarlos: ellos todos están en consonantes. Toma, léelos: ahí verás los trabajos que pasa la tropa, hombre, y la virtud de Juan soldado.

Leyólos Tirabeque, y concluido me dijo: Señor, de lo que no habla aquí es de la marcha de las estrellas.—¿Estás en tu juicio, hombre? ¿Qué tiene que ver la marcha ó rotacion de las estrellas con la marcha de la tropa? ¿Qué hay de comun entre la milicia y la astronomía?—No me entiendo vd., señor; quiero decir ya la marcha de los faroles.—¿La marcha de los faroles! Oscuro estás Pelegrin, é ininteligible en demasía.—Señor, no sé cómo puedo estar oscuro entre estrellas y faroles. Pero me explicaré si hace falta.

Mire vd. y hay en Navarra un general, que cuando tiene que hacer una marcha, nunca sale

hasta el mediodía; y aunque tenga que andar seis leguas, siempre es mediodía cuando sale; de modo que la pobre tropa siempre tiene que andar de noche dando tropezones por aquellos riscos y derumbaderos, que no sé como los facciosos no la han sorprendido mil veces. ¿Y qué han hecho los oficiales? Se han habilitado todos de unos farolitos y unas cerillas; y lo mismo es anochecer que encienden sus faroles, que á lo lejos deben parecer estrellas que se mueven, ó así como una procesion del entierro de Cristo, ó parecerá tambien que van á dar el viático á alguno. Y á esta marcha la llamo yo la marcha de las estrellas, ó la marcha farolera.—El farolero eres tú.—El farolero será el general, señor, que yo nada tengo con eso.—Vaya, vaya, eso es una suposicion tuya; yo no creo semejante cosa. ¿Tú anuncias; ó no anuncias ese *Via-crucis*?—Señor, ¿todavía quiere vd. mas? Pues no trae tantos la semana santa como hemos anunciado ya nosotros.

LOS AMOROSOS.

En esta España de las contradicciones y de los vice-versas en que dispuso la Providencia Divina que naciera Fr. Gerundio, sucede que los

mas puros, verdaderos y desinteresados amores suelen ser desgraciados y perseguidos, y los hombres amorosos son ó consentidos ó premiados por las autoridades y hasta por el mismo gobierno. «Señores, no hay remedio mas que premiar á los amorosos,» decia con mucha energía y gravedad un alcalde de Campazas en público concejo. «Si señores, á los amorosos hay que premiarlos. Citarlos aqui por última vez, y aqui delante de todos se les intimida (se les intima quería decir mi buen paisano), y luego si no cumplen como deben se les premia.»

El alguacil que todo lo estaba oyendo detras de la puerta, y que era sobradamente oficioso y citador, (y eso que no le valía cada cita una peseta como á los alguaciles de las alcaldías de Madrid, no sé porqué tarifa ó reglamento de justicia), echó á correr sin que nadie de ello se apercibiera, y á poco volvió, y asomando á la puerta de la sala concejal dijo en alta voz: «Señor alcalde, aqui está ya el hijo de la tía Toribia para lo que su mercé dispusiere.—¿Y qué se ofrece al hijo de la tía Toribia?—Le he mandado yo venir de órden de su mercé.—¿Y á tí quién te ha dado esa órden?—Señor, como su mercé dijo que habia que citar á los amorosos, me fuí á buscar á este mozo que es el mas amoroso que hay en el lugar; como que no hay moza que él no ronde y á todas las trae al reventero.» El alcalde entre enfadado y risueño le

dijo al alguacil: «majadero, ¿quién las de acabar de entender el castellano. A quien hay que estar no es á los amorosos por mozas, sino á los amorosos por contribuciones.»

Y lo que quería decir el castellano alcalde, que motejaba al otro de no entender el castellano, era que había que *apremiar á los morosos*. Pero mi paisano decía una verdad como un templo sin saber que la decía; porque en esta España de las morosidades, el que se hace el tonto, el sueco, el roncero y el marrajo es el que saca mas partido, y no pocas veces es premiado por las autoridades y por el mismo gobierno, y al que obedece y paga con esactitud y puntualidad no solo no se le premia, sino que ni se le agradece. El año 27 corte de cuentas atrasadas; de consiguiente los *amorosos* recibieron un premio de su amorosidad: el 58 se premió á los amorosos condonando una parte del anticipo de los 200 millones á los que no hubiesen satisfecho su cupo en tal fecha; ahora pide el gobierno y le conceden las Cortes la creacion de una junta de liquidacion de atrasos; en que ademas de admitirse á los deudores un papel que no se admitió á los que pagaron en tiempo, se autoriza á dicha junta para que pueda entrar con ellos en transacciones irrevocables, en las cuales por poco que ganen los *amorosos*, siempre ganan algo sobre los que no fueron amorosos.

Así, así; á los amorosos premiarlos, como

decía el alcalde de milugar: y á los intendentes que no hacen la cobranza y recaudacion de los impuestos en tiempo oportuno, premiarlos tambien; y al cabo de algun tiempo crear una juntita de liquidacion de atrasos, y que corte por donde le parezca. Y luego una contribucion nueva, y lo que se pueda cobrar buenamente, cobrarlo, y el que sea tonto que pague, y el amoroso que se quede riendo, y en vez de apremiarlo, premiarlo, como decía el alcalde de Campazas; todo lo hace un corte de cuentas atrasadas, ó una transacion prudente, que al fin en estas transaciones algo se puede negociar, si hay un poco de ingenio, y todos podemos ir viviendo y trampalantreando. Por último la á que sobra en *apremio* quitarla y que diga *premio*, y añadirse la al *morosos* de modo que diga *amorosos*, que eso poco cuesta, y asi queda esactamente lo que decía la autoridad de Campazas: «á los amorosos premiarlos.»

POR EL HILO SE SACA EL OVILLO.

Señor, ¿se ofrece ahora algo?—Ya te entiendo, Tirabeque: ¿á qué quieres salir á correr la torreja? Eres lo mas indómito que he conocido,

hombre; parece que te pican en casa.—Señor, si hay algo que hacer no saldré, pero si acaso no se ofrece nada, ¿qué he de hacer aquí metido?—Si, sí; á la vida bona como lego inamovible. No parece sino que el Sr. Saucho arguyó contra el proyecto de inamobilidad de los empleados solo por lo que pasa contigo. ¿Y á dónde querias ir ahora? vamos: á alguna de tus gazaperas regularmente.—No señor; como soy Pelegrín, no llevaba ahora semejantes intenciones. Si vd. me daba licencia, pensaba ir á ver el cuartel de los generales, que no lo he visto todavia, y por fuerza ha de ser cosa buena.—El cuartel de los generales! No tengo yo noticia de semejante cuartel. Será el cuartel de guardias, hombre.—No señor, no; el cuartel de los generales.—Será en tal caso el cuartel general; pero ese no es un cuartel material de piedra ó ladrillo, sino que se llama asi el punto en que reside un general en gefe con su estado mayor, oficinas &c. Por ejemplo, el del ejército del Norte ya sabes que es Logroño.—No señor; si ha de ser el cuartel de los generales. ¿No dicen muchas veces: «hay muchos generales en el cuartel»?—Has equivocado el artículo ó preposicion, hombre. No dicen *en el* cuartel, asi *en* ablativo, sino *de* cuartel, en genitivo. Y eso no significa que esten en ningun cuartel, ni pertenezcan á cuartel, sino que quiere decir que están sin destino, que no están empleados en el servicio militar, pero si dispuestos á estarlo cuan-

dó el gobierno los necesite ó tenga por oportuno echar mano de ellos.—Ah señor! pues entonces pocos habrá, porque en una guerra como la que tenemos sobre nuestra alma, no puede haber muchos así en inacion.

Vamos á ver: ¿Cuántos echas tu que habrá? —Oiga vd.; todavía puede que haya su par de docenas de ellos, porque en España tengo oido decir que hay mucha granuja de esa.—Sí, sí, echa generales.—¿Treinta?—Echa generales.—¿Cuarenta?—Echa generales.—¿Cincuenta?—Echa generales.—¿Cincuenta y cinco?—Echa generales.—¿Cincuenta y seis?—¡Que tacaño estás, hombre! Echa generales con alma.—¿Ciento?—Echa generales.—¿Ciento cincuenta?—Echa generales.—¿Doscientos?—Echa generales.—No, pues ahora otros ciento le voy á ecajar de un golpe. ¿Trescientos?—Nada, hombre; está visto que no aciertas. Á ver; di conmigo.—*Se.—Se.—Is.—Is.—Ci.—Ci.—Entos.—Entos.—Seiscientos.—Seiscientos!!!*

Jesús! Santa Escolástica viuda bendita!!! Señor, no habremos deletreado bien.—Bien hemos deletreado, bien. Espera otro poco. *Ve.—Ve.—In.—In.—Te.—Te.—Veinte.—Veinte.*—¿Seiscientos veinte, señor? Pasmáos, potencias todas del incontinente.—Aguarda, hombre, que todavía falta el pico.—¿Tambien para los generales de cuartel hay pico, señor?—Toma; ¿pues no son de España? Faltaba el *uno*, que son *seiscientos veinte y uno*.—Tierra, ¿cómo no te abres!!!

Pero, señor, ¿vd. cómo se las ha gobernado para saber eso con tanta estension y tan diminuciosamente?—Cosa muy sencilla: por el hilo he sacado el ovillo. Dijo el otro dia el ministro de la Gobernacion en el Senado, hablando de la requisita de los caballos, que si se eximia uno por cada general de cuartel, como queria el Sr. marqués de Viluma, tenia que perder el estado 621 caballos: con que yo por el hilo de los caballos saqué el ovillo de los generales.—Ah señor! Entonces saco yo un ovillo de tres mil generales.—¿Cómo, hombre?—Mire vd.: de los generales que hay de cuartel, la tercera parte no tienen caballo, porque...ya ve vd., porque no se pueden mantener ellos cuanto mas el caballo. Con que si el ministro contó con esto, saco yo el ovillo de tres mil generales; y sino contó con esto, sino que echó á caballo por general, él no sacó bien el hilo de los caballos. Aqui no hay falencia: ó el hilo del ministro, ó el ovillo de Tirabeque.—Hombre, pones unas dificultades, que el diablo que te las desate.

